

TAN AMADOS BANDIDOS*

Bartolomé Bennassar

Cuando, al terminarse la guerra de Independencia, allá por el 1814, se vuelven a Francia muchos de los oficiales y soldados que han participado en esta guerra y han vivido en la península dos, tres hasta cinco o seis años, varios de ellos, unos muy temprano, otros más tarde, publican sus memorias o recuerdos. Y de sus relaciones se desprende y surge un concepto de España muy diferente del que solía correr antes de esta guerra en el país galo: la idea de un país decadente, muy atrasado en su economía y en sus costumbres, mal gobernado (en esto no se equivocaban demasiado los franceses), dispuesto a entregarse a un poder que lo fuera de verdad, lo que explica, a lo menos en parte, el error de Napoleón. Sean Antonio Fée o Sebastian Blaze, los capitanes Coignet o Marcel, los generales Marbot o Paulin, sea la duquesa de Abrantes, esposa del general Junot que siguió a su marido en sus campañas, todos han descubierto a un país quizá económicamente atrasado pero celoso de su independencia, aferrado en sus tradiciones, deseoso de ser respetado y no dispuesto a venderse a cualquier poder que haría poco caso de sus libertades, de sus instituciones, de los fueros locales o regionales. Ya, por los años Veinte y sobretodo por los años Treinta del siglo XIX, coincidiendo estas relaciones con las charlas y conversaciones de unos y otros, España se pone de moda en Francia. Muchos franceses empiezan a emprender el viaje a España y publican relaciones que se van a multiplicar con el desarrollo del romanticismo. Dos revistas muy leídas entonces y de mucha influencia, “La Revue de Paris” y la “Revue des Deux Mondes”, que han percibido esta moda, dan a sus lectores informaciones de toda índole sobre el viaje a España, el estado de los caminos, de los transportes, albergues, posadas

* Relazione presentata al convegno *Banditi reali e banditi immaginari* tenuto a Roma nei giorni 9-10-11 dicembre 1996.

o hoteles, los informan sobre los peligros de la empresa, la criminalidad, las enfermedades, los hospitales y los médicos, sobre las especialidades de las comidas: explican así lo que es el gazpacho o el puchero, presentan los vinos; también se extienden sobre la historia, las costumbres, el arte, la literatura. No dudan en contratar a escritores españoles famosos, tales Mesonero Romanos o Mariano Larra, para dar más garantías de veracidad. Consiguen firmas francesas famosas, así Theophile Gautier, o el gran periodista suizo Charles Didier.

En las relaciones de viajes que se van publicando ya surgen los tópicos: el de las posadas, donde hay que llevar lo que se quiere comer, el de la corrida y de los toreros, el de la danza, el sereno, la cigarrera de Sevilla, la carmencita que va a imponer la peregrinación a la manufactura de tabacos de Sevilla y, evidentemente, el bandido. Pero lo más curioso es que la mayoría de los grandes escritores románticos franceses que han escrito sobre el tema, Prosper Merimée, Astolphe de Custine, Alexandre Dumas, Théophile Gautier, no toparon con ellos, a pesar de sus muchos recorridos en la península. Hasta tal punto que Alexandre Dumas, a quien durante su viaje por Andalucía le habían hablado mucho de un sitio malo, cercano a Castro del Rio, por el valle del Guadalquivir, parece muy decepcionado, casi frustrado a no encontrarles: está con sus amigos, Boulanger, los pintores Desbarrolles y Giraud, el poeta Maquet, y su escolta de arrieros, todos con la escopeta en la mano, y al no presentarse los ladrones, el pintor Desbarrolles vocifera en grito pelado: «¡Ohe! ¿Los ladrones de Castro del Rio, donde son?» Alejandro había gritado el primero pero, como siempre, confundía el italiano con el español y había lanzado: «Dove sono?» Y escribe Dumas, después de relatar el grito de Desbarrolles: «Esta vez los arrieros quedaron aún mucho más atontados que la primera: entendían una cosa que les había parecido hasta la fecha incomprensible, es que existían en este país de locos llamado Francia unos viajeros que llamaban a los ladrones».

Al parecer, entre los viajeros franceses más famosos de la época el único que tuvo la fortuna del encuentro con los ladrones fue Edgar Quinet, en el trayecto de Toledo a Aranjuez. Escribe que lo había previsto, ya que estaría casi solo y que «esta ancha llanura casi despoblada, siendo de jurisdicción realenga, goza así del privilegio real de mantener a los bandidos más astutos y numerosos de Castilla y Extremadura». Y cuenta su encuentro con los bandidos en el despoblado en el modo cómico: el mismo título del capítulo XIX de sus *Vacaciones en España* de 1843 es muy significativo: *Los bandoleros. Debemos gracias a Dios*. Pero antes de Quinet, el marqués de Custine había señalado ya los parajes de Toledo y Aranjuez entre los más plagados de bandidos. Por su parte, Théophile Gautier, en el capítulo IX de su *Voyage en Espagne*, relata en forma de broma la intercepción de una diligencia en Castilla la Nueva: los ladrones

se quejan de su vida tan incómoda y aceptan de buen grado la propuesta que les hace un viajero influyente de conseguirles un indulto si devuelven la libertad a los pasajeros, de modo que el episodio se acaba con una fiesta en la ciudad. En cuanto a Charles Didier que, sin embargo, como veremos luego, toma en serio el asunto del bandolerismo, él relata una anécdota sobrevenida en la carretera de Zaragoza a Madrid, en 1837, cuando el mayoral paró la diligencia, al ver a una gran cantidad de gente que, según su opinión, no podían ser sino facciosos: ¡en realidad se trataba de una fiesta rústica, con baile, música y jotas! Pero el más contundente, a pesar del tono algo irónico, es el propio Prosper Mérimée. Cito:

Ya estoy de nuevo en Madrid, después de recorrer durante varios meses, y en todas direcciones, la Andalucía, aquella tierra clásica de los ladrones, sin encontrar a uno solo. Casi tengo vergüenza. Me las había arregladas para un asalto de ladrones, no con intención de defenderme sino para hablar con ellos y interrogarles con mucha cortesía sobre su estilo de vida

Y sigue:

Pero si no he visto a los ladrones, en cambio no he oído hablar de otra cosa. Los postillones, los posaderos os cuentan historias lamentables de viajeros asesinados, de mujeres raptadas, a cada parada que hacemos para cambiar de mula. El acontecimiento que se narra siempre ocurrió el día anterior y en el tramo del camino que Usted se dispone a recorrer.

Cada interlocutor tiene una anécdota que contar, tal como esta:

El més pasado, la diligencia de Sevilla ha sido detenida cerca de La Carlota y todos los viajeros han entrado en Ecija como si fuera angelitos. «¿Angelitos? ¿Que quiere decir Usted?» «Quiero decir que los bandidos les habían quitado toda la vestidura y ni siquiera les habían dejado su camisa».

Así que, más lejos y después de alguna que otra anécdota más, Mérimée escribe: «Después de algunos encuentros de este tipo, pronto acabamos por no creer en absoluto en los ladrones». Pero, algunos renglones mas abajo, añade este apunte esencial:

Con muy pocas excepciones, los bandoleros españoles no maltratan nunca a los viajeros. Frecuentemente se conforman con quitarles el dinero que llevan sobre ellos mismos, sin abrir sus maletas ni siquiera cachearles.

Ahora bien. Mérimée no pretende, al contrario (en otras páginas reconoce la existencia de cuadrillas de bandidos) ni vamos nosotros a pretender que los bandoleros, ladrones, salteadores, rateros de la España del

siglo XIX eran solo leyenda o cuentos. El bandolerismo es una realidad social indiscutible de la España de la época, cualquiera sean sus modalidades, y el temor a los bandidos no es una invención de la literatura de viaje. El mismo Quinet, en un capítulo siguiente, el XXIV, cuando hace el viaje de Granada a Córdoba, solo a caballo con un guía, suelta varias historias de bandidos y cita a unos artículos de prensa que se refieren al tema. Adolphe Desbarrolles en su libro *Dos artistas en España* concluye con un capítulo muy bonito sobre la manera de viajar en España y su última frase es: «Hacen falta tres francos diarios y una buena escopeta». La señora de Brinckmann quien, a mediados del siglo, hizo sola a caballo con un guía trayectos tales que Valladolid-Segovia por los pinares, o Granada-Almería a través de las sierras, tenía dos buenas pistolas de Lepage que dejaba bien ver. Charles Didier cuenta en la “Revue de Paris” una primera historia de bandoleros, cuya fue testigo, que acontece en Cataluña, en la llanura de Urgel donde un partido de *bandolers*, de una docena de hombres, asalta a una diligencia que venía llena de viajeros, entre ellos una joven condesa andaluza, viuda, que tenía mucho miedo, más por su pudor que por su dinero, y que fingía estar enferma. Didier apunta que la guerra carlista (es la época de la primera de estas guerras) esta aprovechada por los bandoleros para asimilarse a cuadrillas de uno u otro bando. Y, en otra circunstancia, lejos de Cataluña, en la Alpujarra, Didier alude a un «*faccioso* llamado Arraes [que] explotaba la Alpujarra en nombre del derecho salico de Don Carlos ¡que ni siquiera lo sospechaba!». El mismo autor, cuando visita la Alpujarra en 1845, escribe que se ven «numerosos *milagros*: así se llaman las cruces de madera hincadas en el sitio mismo donde se cometió algún homicidio». Y añade que la crónica del país se resume en historias de ladrones, que su compañero de viaje ha padecido ya varias agresiones, la última hacia sólo quince días, con su criado de cómplice; incluso, la hermana de este viajero ha muerto de las heridas que sufrió en uno de estos asaltos. Otra vez, Didier se refiere al estilo militar de las travesías de la Alpujarra, con grupos bien armados y numerosos para desanimar a los rateros. Y se burla del viajero inglés que viajaba solo por Andalucía y se quejaba de no encontrar nunca a los bandidos hasta que, por fin, estos le dejan en el camino más que medio muerto.

El compatriota de Didier, el botanista de Ginebra Edmond Boissier, que en el mismo año 1837, recorrió por todas partes la Sierra Nevada, subió hasta la cumbre del Mulhacén, viajando en la mayoría de los casos solo con un guía, está conforme con Didier cuando dice que muchos de los bandoleros andaluces acaban por juntarse con los partidarios carlistas de la Mancha. El mismo viaje baja la amenaza de una banda de unos veinte hombres llevados por dos panaderos de Alhaurinejo, que respondían al apodo de *Los Naranjos* que se habían hecho ladrones después del fracaso de su negocio.

Todo está muy bien y sabemos todos que José María *El Tempranillo* fue una figura histórica, que se llamaba José María Hinojosa, que había nacido en Jauja, cerca de Lucena, hijo de un jornalero, que se puso en margen de la ley después de un asunto de amor o de celos cuando mató a un hombre que ofendía a su novia, y que llegó a ser el jefe de una cuadrilla de cuarenta bandoleros y a conquistar un verdadero prestigio en España, incluso en la administración, y fuera de España, hasta que aceptó por fin de ponerse al servicio del rey y que muera bajo el balazo de un antiguo compañero. Pero lo que nos preocupa hoy es saber porque surge la figura española del *bandido de honor*, tan valorada por la opinión, porque algunos bandidos, al fin y al cabo, resultan tan amados, especialmente por los románticos franceses.

Es cierto que el texto de Mérimée, *Los ladrones*, tuvo mucha influencia, aún más por ser recuperado en la novela de Carmen, en la difusión del tópico. Sobretudo, porque dio las claves de la aceptación de los bandidos de honor en España, incluso del cariño que el pueblo experimentaba para con aquellos bandidos. Así escribe:

Hay que añadir que el oficio de ladrón no suele ser estimado como deshonoroso. Robar en los grandes caminos, para mucha gente, es resistir, protestar contra unas leyes tiránicas. Así que el hombre quien, con sólo un fusil, se siente tan atrevido como para desafiar al gobierno, es un héroe que los hombres respetan y que las mujeres admiran...

Sigue Mérimée, contando la carrera habitual del bandolero que empieza por ser contrabandista, y mas lejos, explica las razones de la admiración y del cariño. Primero, la actitud con respecto a las mujeres. Así José María:

Guapo, valiente, cortés. Si para una diligencia, da la mano a las damas para bajar y cuida que queden sentadas cómodamente en la sombra, pues, sus hazañas se hacen de día, en su mayoría. Jamás un juramento, una palabra fea; al contrario, atenciones casi respetuosas, cortesía casi natural... Si quita una sortija de la mano de una mujer: «¡Ah! Señora, una mano tan hermosa no necesita adornos». Y, mientras hace deslizar la sortija, besa la mano, dando la impresión, según el dicho de una dama española, que el beso tenía para el más precio que la sortija. La sortija, se la tomaba como distraído; pero el beso, al contrario, se prolongaba mucho.

Segundo, la actitud con respeto a los pobres. Es la anécdota de un miserable arriero que tenía que sobrevivir con un matalón lamentable, a quien José María da mil quinientos reales con la orden de comprar un hermoso macho a un tal Herrera. Y durante la noche que sigue la compra, José María se presenta delante la cama de Herrera y recupera los mil quinientos reales.

Sin embargo, el tema es bastante anterior a la obra de Mérimée; el personaje de José María que Mérimée presenta como el «modelo del bandolero español, el prototipo del héroe de los grandes caminos, el Robin Hood, el Roque Guinart de nuestro tiempo» no es perfectamente fiel en el texto de Mérimée a la figura verdadera de José María Hinojosa, está ya presente en la obra de Custine que relata algunas de sus hazañas que corresponden a la fecha del viaje del marqués, es decir 1831. Por otra parte, Custine cita a otra figura del bandolerismo, un tal Apolonio. Custine y también Didier insisten en el tema del bandido de honor. Así Custine escribe:

Los verdaderos bandidos tienen un código de honor del cual nunca se apartan. Su fama se perdería entre todos los hombres que conocen el oficio si olvidarían las leyes de la etiqueta de los caminos al punto de maltratar a un hombre que no se defiende.

Y por su parte, Didier marca la diferencia entre los rateros y los llamados *caballistas*: éstos últimos tienen fama de nunca matar a los que quieren robar. Dicen: «No somos asesinos viles, cobramos impuestos, como el rey». ¿Y cuáles fueron las fuentes de Mérimée, ya que el mismo reconoce que no ha encontrado nunca en directo a bandidos?

Nosotros, encontramos a prototipos del bandido de honor, del bandido querido por su respeto a la palabra dada, por su complacencia para con los pobres o los infelices, en experiencias vividas en Levante y Cataluña por dos franceses, el matemático François Arago (que la contó después en *Histoire de ma jeunesse*) y sobretodo en los *Recuerdos* de François Jaubert de Passa, quien conoció muy bien a Mérimée: el mismo cuenta una historia que pudo muy bien ser recogida por Mérimée y, una vez transformada, servirle para el personaje de José María y para los personajes de Don José y Carmen. Además, al parecer, se ha producido como un traslado del reino de Aragón hacia la Andalucía. Vamos a ver.

François Arago, a principios del siglo XIX, estaba delegado por el Despacho de las Longitudes francés para los cálculos acerca del meridiano terrestre y vivía en una chabola en una montaña del Levante cerca de la pequeña villa de Cullera. Durante una noche, un hombre que Arago describe como muy guapo, con armas de todas clases, toca a su puerta, dice que es guardia de la aduana y le pide el permiso de dormir. Pasa la noche, al día siguiente cuando está charlando con Arago, ve a lo lejos llegar dos hombres, siendo uno de ellos el alcalde de Cullera. El supuesto aduanero, de repente, dice a Arago que únicamente por el favor que le prestó renuncia a matar a su peor enemigo y huye con velocidad. En efecto, el alcalde revela a Arago que aquel hombre era el jefe de los sal-

teadores de toda la zona. Unos días mas tarde, durante una noche de tormenta, vuelve el hombre y otra vez pasa la noche en la chabola de Arago. Y por la mañana Arago le explica al bandolero que está al tanto, que conoce perfectamente su verdadera identidad y le pregunta si tiene algo que temer de su cuadrilla. Le contesta el hombre que había pensado en robarle, pero que en esta chabola no tiene nada y que el robo sería de poco provecho ya que, siendo francés y sujeto del emperador Napoleón, si se le hacia algún daño, el rey de España enviaría contra él a todo un ejército. Y acaba diciendo que el agradecimiento que le debe es su mejor garantía. Arago pudo comprobar unos días más tarde que la palabra del bandolero era una cosa seria. Detenido por una cuadrilla que le pide las llaves de su maleta, dice que se llama don Francisco Arago y los ladrones, de repente, le sueltan con este saludo: «Hombre !Vaya usted con Dios!» No cabe duda: ya, aparece el bandido de honor.

Pero el texto que vamos a revelar es más sugestivo. Digo que vamos a revelar porque los cinco volúmenes de *Recuerdos* de François Jaubert de Passa no han sido publicados hasta la fecha pero hubo una tesis que tuve la suerte de consultar. Jaubert de Passa era un catalán francés ilustrado que fue un especialista de los riegos y conocía estupendamente a todo el reino de Aragón. Se hizo muy amigo de Prosper Mérimée y, junto con el, en el año 1834, visitó a muchas iglesias románicas del reino. Pues bien, Jaubert cuenta en sus *Recuerdos* una experiencia suya, muy bonita, que corresponde a su misión del año 1819 y en la cual aparece un personaje muy próximo al José María andaluz. Al límite sur de Cataluña, después de cruzar el Ebro, se entera de la intensa actividad de los ladrones y de la audacia de su jefe. Y escribe:

En España la mejor garantía contra los bandidos que andan por los caminos es contratar un convenio con ellos. Esta gente tiene un pundonor que nunca transgrede. Según su punto de vista son negociantes y, mediante un precio siempre moderado, con la condición de estar propuesto a tiempo, les aseguran contra todos los riesgos; si hacía falta, les procurarían los medios de transporte. Una vez tomada la decisión de tratar con ellos, sólo es preciso actuar con prisa, lo que no resulta difícil. Estaba sentado en un rincón de la venta, frente a un caldo bien claro, y di la orden a Francisco: el amo de la casa se presentó en el umbral: «¿Que desea el señor?». «Poca cosa, Pepito. Quiero charlar un rato con el Dueño de los Caminos». «Señor, no le conozco». «Sí, ya lo sé, pero dígame que quiero verle». «Pero no sé donde vive». «Pepito, suelo pagar bien y hablar poco. Vaya usted. Confío con usted». Media hora después de este breve charla, Pepito se acercó a mi muy discretamente y me dijo en voz baja: «Caballero, es aquí». «Gracias, Pepito. Mañana por la mañana, apuraremos dos cuentas».

En efecto, el dicho hombre me esperaba a diez pasos de la puerta, adosado al tronco de un algarrobo. Me dirigí hacia el sin temor y le saludé al abordarle: «Buenas tardes, don Jaime te necesito». «¡Oh! El francés conoce mi nombre y

me saluda. Muy bien. Buenas tardes, caballero». «Está bien, don Jaime, veo que nos entendemos. Escúchame. ¿Quieres acompañarme hasta las puertas de Valencia? Tu dirás tu precio y te harás cargo de mi hasta que nos apartemos de común acuerdo». «Bien dicho, caballero. Pero nunca ando solo. Tengo a buenos mozos que me obedecen y me sirven lealmente. ¿Cuántos voy a tomar?». «Los que te parecen necesarios a mi seguridad personal». «Entonces, basta con dos». «Don Jaime, te olvidas de fijar el precio». «Nunca regateo cuando voy para alguien más. Serán 32 reales diarios». «Está dicho don Jaime. Tu mano».

El honrado bandido pareció sorprendido por mi cortesía pero, superando su impresión, dió un paso, me apretó cordialmente la mano y se fue en el acto después de preguntar por la hora de la salida.

Después de este dialogo, Jaubert hace la relación del viaje, explica como fue la carrera de don Jaime, como se hizo bandolero, empezando de ratero, es decir de ladrón aislado, meditando sobre su condición y pensando que los rateros son despreciados por el pueblo y que pocos de ellos se hacen ricos. Se despertó en el la ambición de «la consideración popular vinculada a las grandes empresas». Con los recursos de su inteligencia y de su mucho valor, recluta a dos bandidos que paga bien, poco a poco crece la cuadrilla, controla los caminos y llega al título que soñaba, el de «dueño de los caminos», título honrado entre los ladrones y la plebe ya que ella no tiene nada que perder con ellos.

Jaubert hace el retrato físico y moral de don Jaime con quien acaba por hacerse amigo. Dice que hablaba bien, cantaba tocando la guitarra. Dice Jaubert: «Era más que un jefe de escolta, era un compañero de viaje, alegre, ligero, narrador incansable como es preciso para olvidar el aburrimiento y la larga duración del viaje». En fin, hasta el final el viaje resulta perfecto. Más tarde Jaubert vuelve a encontrarse con don Jaime, está recibido en su casa, conoce a su mujer Pepita a quien dedica los mayores elogios. Sigue la exposición de este código de honor que Jaubert ha descubierto. Así, Jaime, cuando recibe a Jaubert en su casa, le advierte:

Aquí, ni la justicia de los alcaldes, ni la del corregidor no se atrevería a parecer. Además, don Bermudez de Castro [se trata del corregidor] sabe desde esta mañana que me ha hecho el honor de descansar en mi casa. Tiene mi palabra y tengo la suya.

Es cierto que Pepita no tiene nada que ver con *Carmen*, cuya publicación es de 1845. En cambio, Don Jaime tiene un parentesco evidente con José María. Es muy probable que Jaubert aprovechó sus andanzas con Mérimée para contarle la historia de Don Jaime. Y es posible que Mérimée haya tomado algunos rasgos de Jaime para retratar a los bandidos de honor, tan queridos por una parte de la población. y por los escritores románticos y resulta posible también que la misma historia haya sido conocida, a través de Mérimée, por los viajeros que temían o esperaban encontrar, algún día, en su camino a un personaje de este estilo.